



CRISTINA PRADA

UNA HISTORIA DE  
CHICOS GUAPOS  
Y UN MONTÓN  
DE ZAPATOS

**Cristina Prada**

Una historia de chicos guapos  
y un montón de zapatos

Esencia/Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.



Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Cristina Prada, 2018  
© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta  
Ilustración de la cubierta: Shutterstock

Depósito legal: B. 1.487-2019  
ISBN: 978-84-08-20551-7  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

*Botines peep toes Jimmy Choo negros de tacón de aguja*

—¡Señorita Lauren Stevens! —grita Maddie señalando un cartel con mi nombre que Álex sostiene con las dos manos, como si yo fuera de la casa real británica y ellas, el chófer y la relaciones públicas que han venido a esperarme al aeropuerto.

En respuesta, saco la lengua fingiéndome hastiada, a punto de poner los ojos en blanco. Tengo las amigas más idiotas del mundo... y qué bien me conocen. ¡Me encanta!

Llego hasta ellas y reparto besos y abrazos. He estado fuera sesenta y ocho días, las he echado mucho de menos.

—¿Qué tal por Chicago?

La que lo pregunta es Maddie, ¿recordáis? Madison Audrey Parker. Está casada con Ryan Riley (os dejo tiempo para el suspiro) y está embarazada de su primer hijo, una niña. Es decir, son todo amor. Yo alguna que otra vez lo miro con ojos golosos, no lo voy a negar, pero jamás me lanzaría en sus brazos... bueno, puede que sólo a olerlo, pero me bajaría en seguida. Y no se trata de que eso vaya flagrantemente en contra del *sister-code*, es porque él no es el que hace que me tiemblen las rodillas. ¿Y quién es?, os preguntaréis sabiamente. Pues con la respuesta a semejante pregunta es cuando se complican las cosas para mí, porque no hay uno, hay dos. Si mi madre me oyese, creo que se desmayaría; las damas sureñas, ya se sabe. Mi abuela creo que daría una palmada y soltaría una de sus risas sarcásticas que siempre encierran mucho más, y mi tía Dina... mi tía Dina me pediría fotos, pero ella es harina de otro costal.

—Ha sido muy aburrido —respondo alargando la palabra *muy* hasta casi el infinito.

Maddie sonrío y Álex me reprende, divertida, con la mirada. Lo hacen porque no saben hasta qué punto tengo razón. Sesenta y ocho días repletos de interminables reuniones con gente que en ningún caso compensaba con atractivo su falta de conocimiento, los muy desconsiderados. Creo que mi jefe, el señor Miller, sólo camufló este viaje como formación para poder enviarme a mí y ahorrarse ir él.

—¿Habéis venido en el Camaro de James? —inquiero cuando empezamos a caminar hacia la salida de la terminal 3 del JFK.

—No —contesta Álex.

—¿Tenemos que volver en taxi? —gimoteo, y de pronto caigo en algo mucho peor y abro los ojos como platos, llevándome la mano al pecho—. ¿En metro? El metro está lleno de pirados y ¡hay casi una hora hasta el East Village!

Ellas se miran entre sí y sonríen, podría decir que disfrutando de mi tortura, pero sé que este par me oculta algo.

—No —interviene Maddie—, hemos traído algo que se ajusta un poco más a ti.

Atravesamos las puertas de cristal y salimos al intimidante frío de Nueva York de mediados de marzo. Las dos me miran, esperando a que yo lo haga hacia donde sea que esperan que lo haga, y entonces lo veo, el imponente Audi A8 del señor Riley. Finn está de pie junto a la puerta trasera, tan profesional que es incluso ofensivo para el resto de los chóferes.

—Por fin alguien que entiende que soy una mujer con clase —digo mirándolo y echando a andar a la vez que me quito las gafas de sol.

—Señorita —pronuncia a modo de saludo abriéndome la puerta, disimulando una sonrisa.

—Finn —respondo.

En cuanto me acomodo en la tapicería de un suave gris claro, en el coche perfectamente climatizado, con una suave canción de fondo, lo suelto, lo puedo evitarlo.

—¡Por Dios, yo nací para ser rica! —grito estirando brazos y piernas, olvidando que el profesional conductor todavía puede oírme.

Ay, qué duro es ser pobre y qué mal pagado está.

—Compórtate —me exige Álex entrando en el vehículo y obligándome a arrastrar mi culo en el asiento hasta llegar a la ventanilla opuesta.

—Alexandra, tú no puedes entenderme. Tú siempre has tenido dinero.

—Y mucha clase —sentencia mirándome con la barbilla alzada.

Yo abro la boca tan escandalizada que me faltan palabras para expresar toda mi indignación.

—Yo soy una dama sureña —le recuerdo—. Contra eso no puedes competir.

—Eres de Maine —me recuerda ella a mí.

—Creo que necesitas acompañarme a visitar a mi madre la próxima vez.

Álex sonrío, dándome la razón. Puede que naciera en Bar Harbor, un pueblecito de Maine, como mi madre y mis tías, pero, desde luego, eso sólo fue una cuestión geoplanetaria para mi abuela. Ella le prometió a mi abuelo cuando dejaron Texas que, estuvieran donde estuviesen, criarían hijas sureñas, y cumplió su palabra. También amenazó con meterle un tiro en la rodilla con la escopeta de cazar de su padre si la engañaba con otra... y también cumplió su palabra. Mi abuela es como la versión femenina de Ned Stark, una mujer de honor.

—Bueno, ¿y no nos vas a contar nada más sobre tu viaje? —inquire Maddie cuando el Audi se incorpora al tráfico y comenzamos a alejarnos del aeropuerto.

—Ya os lo he dicho, todo ha sido muy aburrido.

—¿No has conocido a nadie? —continúa Álex.

—No —respondo sin dudar.

—¿A nadie, nadie? —insiste Maddie, como si en esta situación fuera posible especificar.

Niego con la cabeza.

—¿Y esperas reunirte con alguien ahora? —contraataca Álex.

Yo la miro y compruebo que las dos ya me miraban a mí. Sé por qué o, mejor dicho, por quién lo dicen, y un pellizco pinza mi corazoncito.

—No —respondo, e inmediatamente tuerzo los labios en un gesto involuntario, señal de que este tema todavía duele.

Sé que las chicas entienden a la perfección cómo me siento.

—Todo se ha complicado un poco —trata de animarme Álex—, pero ya verás cómo acaba arreglándose.

—James ni siquiera ha querido venir, ¿verdad?

Las dos se miran, imagino que discerniendo telepáticamente si todavía pueden colarme un «está trabajando». Resoplo, apoyo el codo en la ventanilla y pierdo mi mirada en ella. Odio haber llegado a esta situación. Odio echarlos de menos y creo que también, a pesar de todo, odio ese plural, porque, por muy divertida y excitante que parezca la premisa, no quiero estar toda la vida entre dos hombres. Sólo deseo que mi corazón se decida y vivir un amor de cuento de hadas sin peros ni asteriscos explicativos, uno como en las canciones de amor que sueñan en la radio.

—No te preocupes —interviene Maddie, y las dos se echan sobre mí para abrazarme.

No estoy de humor y trato de apartarlas, pero no me conceden una tregua ni siquiera ahora, así que empezamos a forcejear en la parte de atrás del Audi. Álex me hace una llave de krav magá, ¡por Dios, qué grande es este coche por dentro!, y, finalmente, dan igual todas mis protestas, las dos me dan un auténtico abrazo de oso.

—Ahora mismo me caéis fatal —me quejo, pero es una mentirijilla, porque sólo he necesitado un segundo de abrazo con ellas para sentirme mejor.

No quiero, pero nadie parece escucharme y Finn hace caso a la señora Riley y nos lleva a su apartamento en el Village y no al mío.

—Tendremos una tarde de chicas —me anima mientras subimos uno de los millones de escalones hasta su apartamento—. Bueno, una sin alcohol.

—Perdona —protesto—, que tú hayas decidido tener un hijo con el modelo de Armani que tienes por marido no significa que *moi...*

—*Nous* —me corrige Álex, subiendo a mi lado.

Asiento.

—*Nous* —repito— vayamos a dejar de beber. Es más, ahora tenemos más motivos.

—¿Por qué? —pregunta indignada.

—Oh, Ryan —empiezo a decir con la voz de una damisela en apuros mezclada con la voz que creo que tendría la silueta que aparece en el envase de los cereales Special K de Kellogg's si cobrara vida, voz de muerta de hambre obligada a comer alpiste para pájaros, para más señas—, eres guapo, inteligente, multimillonario y me quieres hasta el infinito. Seguro que tendré una niña monísima y tú me pagarás una lipoescultura después de dar a luz. Mi vida es taaaaaan complicada...

Maddie me fulmina con la mirada, pero Álex asiente. Tengo razón.

—Olvídate de que te enseñe una foto de Ryan desnudo —me advierte amenazándome con el índice.

Frunzo los labios. La oferta es tentadora.

—Vale —claudico alzando los brazos—. Lo retiro.

Ella sonríe victoriosa y, como un acto reflejo, rodea su incipiente pancita con las palmas de las manos, consiguiendo que el gesto de sus labios se transforme en uno lleno de dulzura y auténtico amor. Ni Álex ni yo podemos evitar contagiarnos de esa sonrisa. Puede que me pase medio día bromeando sobre su amor de cuento, pero verla feliz me hace inmensamente feliz a mí.

—Entonces, ¿nos atiborramos de oreos viendo una reposición de «Saturday Night Live»? —propongo cuando al fin (¡al fin!) alcanzamos el rellano del cuarto piso.

—Gran plan —afirma Álex.

No hemos avanzado más que un par de metros cuando una puerta suena, cerrándose. Alzo la cabeza guiada por el ruido y me encuentro de frente con él, con el chico que, da igual cuánto tiempo pase, siempre se parecerá a James Franco en su mejor momento.

—Hola —lo saludo cuando aún está a unos metros, deteniéndome en el centro del rellano y alzando la mano como una idiota.

Él me mira, colocándose bien el cuello de su cazadora de cuero, esa que le da el último toque de un estilo envidiable; es



uno de los chicos más atractivos del planeta Tierra, sin duda alguna.

—Hola —murmura casi en un gruñido, sin detenerse, fingiendo una prisa que sé que no tiene y desapareciendo escaleras abajo.

Yo observo el lugar por el que acaba de marcharse y suspiro con una tristeza casi infinita. ¿En serio? ¿Ni siquiera quiere verme? Recuerdo cómo nos despedimos porque iba a marcharme a Boston con Maddie. Estábamos tumbados en su cama, vestidos, y sentí que era un *déjà vu* de nuestra despedida dos días antes de que me marchase a Chicago, a la North Western, a hacer el máster. Estaba tan triste que pensé que nunca podría dejar de llorar.

—Ey, chica —me llama Álex con la voz llena de ternura, tocándome en el hombro.

Me obligo a girarme y me encuentro con las miradas de mis dos mejores amigos. No necesito contarles cómo me siento, porque sé que lo tienen clarísimo.

—He tenido una revelación —anuncia Maddie—: pasemos de todo y vayamos a The Vitamin, y después a un club a bailar.

—La exseñorita Parker ha tenido una fantástica idea. Además, es viernes. No hay nada mejor que el Electric House of Natives un viernes.

Sonrío. Sé que sólo quieren animarme, pero la verdad es que me vendrá muy bien reírme con las chicas y darlo todo en una pista de baile.

—Creí que el día estrella del Electric House of Natives era los miércoles.

Álex niega con la cabeza.

—Han pasado muchas cosas en estos meses —me recuerda.

Yo frunzo los labios fingiendo sopesar sus palabras y la situación en general y, finalmente, asiento.

—Apoyo la moción de la exseñorita Parker —sentencio.

¡Noche de chicas, allá vamos!

2  
Molly

*Mis Converse preferidas, de color blanco*

Miro hacia todos lados. La terminal 3 del JFK está abarrotada. Arrastro mi maleta y doy un par de pasos más. ¿Dónde están? Me pongo de puntillas para ayudar a mi escaso metro sesenta a ver algo por encima de la multitud. Nada. Frunzo el ceño y vuelvo a dejar caer el talón de mis zapatillas contra el suelo. O la gente cada vez es más alta o yo soy cada vez más bajita.

Un grupo de chicas pasa a mi lado; van charlando y riendo y en el móvil de una de ellas suena *I wish you would*, de Taylor Swift.

—¡Molly!

Me giro hacia la voz y, en cuanto la veo, salgo disparada con una sonrisa en los labios.

—¡Mamá!

Le doy un abrazo que me devuelve de inmediato.

—Malcom —lo saludo con la misma sonrisa, pasando de los brazos de mi madre a los de mi padrastro—. Os he echado mucho de menos.

—Y nosotros a ti —responde sin dudar, dándome un beso en el pelo.

Puede que sea mi padrastro y no mi padre, pero lleva siéndolo doce años y ni un solo día de todo ese tiempo ha dejado de demostrarme que me quiere como si fuera su verdadera hija. Me entristece muchísimo que no todos sean capaces de verlo.

Al fin, me separo de los dos y mi sonrisa se ensancha un poco más, incluso doy una palmadita. Tenía tantas ganas de

estar aquí. Hace exactamente setenta y dos días que me marché a París, a un curso de diseño especializado en la escuela de arte de la Sorbona. Esa ciudad es fantástica, pero echaba de menos a mi familia, a mis amigos y Nueva York. En mis diecinueve años nunca había estado lejos tanto tiempo.

—Me encanta tu pelo —dice mi madre perdiendo sus dedos en la punta de mi cabello negro. Siempre lo he llevado largo, pero justo antes de marcharme a París decidí cortármelo; nada radical, la clásica media melena, aunque reconozco que hasta a mí me impacta cuando me veo en el espejo, siempre olvido que me lo corté.

—Vámonos a comer —propone Malcom, cogiendo mi maleta con una mano y pasándome el otro brazo por encima del hombro. Los tres echamos a andar—. Tienes mucho que contarnos.

—¿Has tenido un vuelo agradable? —pregunta ella cuando un viento helado de mediados de marzo nos recibe al dejar atrás la terminal.

—Sí, nada de turbulencias.

Siempre pienso que va a haberlas. En realidad, siempre pienso que el avión va a estrellarse y, en el mejor de los casos, me pasaré dos años a la deriva en pleno océano Atlántico, como en esa película del tigre y la barca, pero sin el tigre, o, al menos, eso espero. Nota mental: nunca volar en el mismo avión que una compañía circense... En definitiva, no me gusta volar.

Mi madre sonrío satisfecha y saluda a Tom, nuestro chófer, justo antes de acomodarse en la parte de atrás del imponente sedán negro.

—Tom —lo saludo deteniéndome frente a él.

—Señorita Molly.

Él ya era nuestro chófer cuando mi padre aún vivía, creo que lo era incluso antes de que yo naciera, y nunca, jamás, he conseguido que me llame Molly. Sonrío y se lo recuerdo por millonésima vez. No pienso rendirme.

—¿Te instalarás con las chicas o pasarás unos días en casa?

Con «las chicas» se refiere a Ruby y a Lizz, mis compañeras de habitación en la residencia del campus de Columbia. Éste será el segundo semestre de nuestro segundo año. ¡Nada de ser

novatas! Y no podría tener más ganas de empezar. Estoy segura de que muchísimas cosas van a cambiar.

—Me voy con las chicas —respondo, e inmediatamente me encojo de hombros, un gesto muy de gatito de *Shrek*, pero que espero que me evite una charla sobre que «acabas de llegar y ya estás deseando ver a tus amigas».

—Molly... —me reprende suavemente mi madre.

—Alice, déjala —me salva Malcom—, en unos días volverá a las clases y no tendrá tiempo para pasarlo con ellas.

Mamá lo mira y él le sonrío de una manera que sé que guarda sólo para ella y que, siendo sinceros, siempre funciona mejor que mis estratagemas de cachorrito abandonado.

—Está bien —claudica mi madre.

Sonrío encantada. Mis ojos se cruzan con los de Malcom y, divertido, me guiña uno. Tengo el mejor padrastro del mundo.

Mi madre nos obliga a comer en una cafetería diminuta en Gramercy Park. Es viejísima y con toda probabilidad no renueva la carta desde hace el mismo tiempo que no cambian las flores de plástico de las mesas... pero, inexplicablemente, le encanta ese sitio y, cada vez que tiene la más mínima ocasión, nos arrastra allí sin remordimientos.

—Si nos necesitas, llámanos —me dice justo antes de darme otro abrazo en mitad de la 114 Oeste, a las puertas de la residencia mixta Ruggles.

—Sí, mamá —respondo, y creo que es la decimoquinta vez que lo hago, porque es la decimoquinta vez que ella me lo recuerda—. No te preocupes, estaré bien.

—Es imposible que no me preocupe —replica acariciándome la mejilla, con una dulce sonrisa—. Eres mi pequeña.

Sonrío. Mi madre es una de esas mujeres que están llenas de ternura y esa cualidad se impregna en cada uno de sus actos. Es como una luz que ilumina el planeta, o, por lo menos, el nuestro.

—Va en serio —me recuerda Malcom—. Llámanos y estaremos aquí en segundos.

Mi sonrisa se ensancha.

—Vivís en Glen Cove —contraataco—. Son 31,6 millas de camino. Teniendo en cuenta que las estadísticas interanuales

del Departamento de Tráfico indican que los vehículos suelen circular por la I-495 Este a una media de 55 millas por hora, éste marca el tiempo entre el norte de Manhattan y Glen Cove en 57 minutos.

Ahora el que sonrío es Malcom y sólo entonces me doy cuenta de que he vuelto a poner mi superpoder de sabelotodo a trabajar. Es algo completamente involuntario. No puedo evitarlo.

—Lo siento —me disculpo mitad avergonzada, mitad divertida. Ellos saben cómo soy y yo hace mucho que lo asumí.

—Vendría volando si hiciese falta —sentencia Malcom—. Eres mi pequeña.

—Os quiero mucho.

—Y nosotros a ti —contesta mi madre.

Con la sonrisa en los labios, echo a andar. Antes de atravesar las puertas, me despido con la mano y, una vez que lo hago, inspiro hondo y salgo corriendo hacia las escaleras principales. Estoy deseando ver a las chicas.

—¡Ya estoy aquí! —grito irrumpiendo en nuestra habitación compartida en la segunda planta. Siempre hemos sospechado que se trata de un cuarto muy especial, más aún cuando, bajo la estantería sobre la cama, encontramos escrito «Aquí vivió Sadie Hadley». Nunca hemos descubierto quién es, pero nos hemos inventado todo tipo de historias sobre ella, hasta acabar dibujándola como una especie de reina del amor, algo así como un hada madrina a la que contarle nuestros problemas y pedirle suerte.

Ruby abandona los libros que estaba colocando en la estantería y me imita en mi carrera hasta que nos encontramos y nos abrazamos sin poder dejar de sonreír y dar grititos de puro júbilo.

¡Cómo la he extrañado! Cuando estaba en París hablábamos todos los días por FaceTime, pero tenerla cerca es maravilloso. ¡Es la mejor amiga del universo!

—Creí que no te veríamos hasta mañana —se explica—. Tu madre parecía muy convencida de querer acapararte todo el día.

—Malcom me ha ayudado a convencerla.

Ruby sonríe.

—Malcom es el mejor.

Ahora la que sonríe soy yo, pero, sin quererlo, mi expresión se nubla un poco. Ojalá todos supiesen ver cómo es Malcom. Ruby capta lo que estoy pensando al instante.

—Tu hermano no ha ido al aeropuerto, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—En cuanto se enteró de que mi madre y Malcom irían, me dijo que tenía mucho trabajo y me prometió que mañana comeríamos juntos y pasaría la tarde conmigo.

Sé que para él resulta mucho más complicado que para mí. Cuando nuestro padre murió, él tenía diecisiete años y yo sólo cuatro. Malcom es casi el único padre que he conocido, pues era muy pequeña, mientras que para él es el sustituto de nuestro verdadero padre. Aun así, me gustaría que fuera capaz de ver cuánto nos quiere y cómo se desvive por mamá, por mí y también por él, aunque mi hermano no lo permita. Sacudo la cabeza. Pensar en eso me pone triste.

Ruby da una palmada, tomándome por sorpresa. Me coge de las manos y tira de mí hasta sentarnos las dos en su cama. De inmediato se acomoda, girándose hacia mí y escondiendo una de sus piernas bajo su trasero.

—Tienes que contármelo todo —dice, o, más bien, exige—. Quiero todos los detalles de estos casi tres meses en París.

—Setenta y dos días no son casi tres meses. *Casi* no es aplicable a factores numéricos y, de serlo, el número sería noventa o noventa y uno, dependiendo de si hablamos de dos meses de treinta y un días o sólo uno en ese grupo de tres, ya que es la cifra más próxima al número absoluto sin serlo.

—Si la sucesión de meses fuera enero, febrero y marzo, el término relativo *casi* sería ochenta y nueve.

Lo pienso y asiento con una sonrisa.

—Siempre que consideremos *casi* como lo inmediatamente anterior. Si aplicáramos la teoría de la medida, probablemente hablaríamos de dos días antes de la fecha límite.

—Tendríamos que dividirlos en subconjuntos y aplicarles números reales interpretables como intervalos.

Las dos asentimos. No habría nada más correcto.

—Bueno —me apremia recogiendo su pelo castaño claro en una cola algo desordenada—, dejando al margen las teorías matemáticas, cuéntamelo.

—Conocí a un chico —respondo entusiasmada, como si todavía no pudiese creérmelo del todo. ¡Y no puedo!

Ruby me mira boquiabierta, con sus ojos claros como platos, y empieza a agitar las manos de pura felicidad.

No nos malinterpretéis. Me considero una chica normal, del montón, con los ojos azules, eso sí, pero creo que eso es mi único rasgo significativo. A las chicas y a mí nos encanta salir; de hecho, cuando llegamos aquí, estábamos convencidísimas de que lo haríamos todos los fines de semana, ya sabéis, a darlo todo en la universidad. El problema es que el primer año es académicamente muy duro y nuestra prioridad fueron los estudios. Además, también influyó que fuéramos novatas. Los chicos no suelen prestarles mucha atención y no te invitan a muchas (ninguna) fiestas.

—Háblame de él —me pide.

—Se llama Justin. —Sin poder evitarlo, sonrío de oreja a oreja—. Es de Texas, pero estudió aquí, en la Universidad de Nueva York, y se quedó a vivir. Nos conocimos en las clases de francés y fue muy... romántico —sentencio antes de sonreír abiertamente—. Es escritor.

—¿Y llegasteis hasta el... final?

Yo me muerdo el labio inferior.

—Sí —murmuro. No sé por qué, todavía me siento algo avergonzada—. ¡He perdido mi virginidad, Ruby! —estallo de pura felicidad.

¡Fue increíble! La primera vez que nos besamos fue en uno de esos barcos que hacen un recorrido por el Sena y las dos últimas semanas no salimos de su cama en una vieja buhardilla desde la que se veía el barrio de los pintores. Me sentía como en una película, como si fuera Audrey Hepburn en *Vacaciones en Roma*, sólo que en París y con sexo, mucho sexo. ¡Nunca antes había estado con un chico!

—Uau —concluye admirada Ruby tras escuchar toda la historia, bajándose de un salto del mostrador de recepción, donde yo estoy firmando mi entrada en la residencia en el nuevo semestre—, a eso lo llamo yo pasar «el viaje de tu vida».

Sonrío de nuevo como respuesta. No creo que haya una mejor.

—¿Tengo correo? —le pregunto al conserje, un chico de unos treinta años con pinta de odiar cada día que pasa aquí.

—No —responde con hastío.

Me muerdo el labio mirando a mi izquierda y mi derecha.

—¿Podría comprobarlo?

Resopla con fuerza y con desgana, se inclina hacia atrás, hasta divisar una pared llena de pequeños compartimentos de madera.

—No —repite mirándome de nuevo.

Y tengo la sensación de que mentalmente añade: «¿Quién demonios iba a mandarte una carta? Ya nadie escribe cartas, marginada, y mucho menos a ti».

Recojo mi iPad y nos dirigimos de vuelta a la habitación. Nunca salgo sin él. Es una especie de diario. Dibujo las cosas que me pasan, las que me gustaría que me pasaran. Mi propia visión del mundo. Además, es donde guardo mis diseños y nunca sé dónde voy a encontrar algo que quiera fotografiar o pintar. La inspiración puede estar en cualquier parte.

—¿Vas a volver a verlo? —me pregunta Ruby.

Me encojo de hombros.

—No lo sé —me sincero—. Cuando nos despedimos, me dio su dirección y su número de teléfono, pero no me dijo que lo llamase, ni que lo buscase, así que no sé qué hacer.

Ruby asiente. Ella tampoco lo sabe. Supongo que es una cuestión de experiencia y ninguna de las dos tiene mucha. Ruby sólo ha estado con un chico, su novio del instituto. Se acostó por primera vez con él en el baile de graduación, todo un clásico, pero lo dejaron dos días antes de que cada uno se marchase a la universidad donde los habían admitido, otro clásico.

Nos cruzamos con un grupo de chicos y chicas que se saludan felices. Se oye música que llega desde una de las habitaciones abiertas y todo son risas, preguntas y planes acerca de las inminentes vacaciones de primavera. Nadie se dirige a nosotras, pero no le damos importancia. Es cuestión de horas que empecemos a formar parte de la vida social. ¡Ya estamos en segundo! El primer semestre debe de haber sido de adaptación y por eso aún no hemos notado los cambios.



Apenas hemos enfilado nuestro pasillo cuando un chico se choca con Ruby al pasar con rapidez y muy poco cuidado a nuestro lado.

—Ey... —se queja mi amiga.

Él levanta la mano a modo de disculpa sin ni siquiera volverse. Si nos hubiésemos preguntado adónde iba con tanta prisa, lo habríamos averiguado en cuestión de segundos. Se ha detenido junto a Paisley Cho, la chica más guapa y elegante de todo segundo curso.

—Hola, Paisley —la saluda prestándole toda su atención.

—Hola —responde ella, haciendo eso mismo de la atención, pero con su BlackBerry.

Echa a andar y él no duda en seguirla, planteándole preguntas que ella contesta con monosílabos sin ni siquiera mirarlo hasta que los dos pasan junto a nosotras y desaparecen pasillo arriba. Ruby y yo nos miramos. Ninguna de las dos se sorprende. Paisley podría tener al chico que quisiera.

La puerta de nuestra habitación se traba cuando intento abrirla. ¡Condenada llave! Estoy peleándome con ella, cuando alguien la abre al otro lado. Alzo la cabeza y la veo. ¡A Lizz!

—¡Hola! —grito feliz.

Entramos y le doy un achuchón en toda regla. ¡Estaba deseando verla!

—¿Cuándo has llegado?

—Hace media hora, pero he tenido que salir a comprar unos libros —me explica empujando la montura de sus gafas de pasta negra, que esconden unos bonitos ojos marrones.

Lizz es superinteligente, a sólo dos puntos del coeficiente intelectual de ser superdotada y la ganadora más joven del premio de excelencia académica del estado de Nebraska. Además, es supersimpática, superamable y supergenerosa.

Nos ponemos al día de nuestras respectivas vacaciones mientras cenamos tallarines chinos con verduras de uno de esos cuencos de comida preparada a la que sólo tienes que añadir agua caliente. Ruby ha pasado las fiestas en casa de su abuela, en un pequeño pueblo en la costa de Massachusetts, y Lizz ha trabajado en la biblioteca municipal de Omaha y en unos multicines, para ahorrar dinero para este semestre.

—Deberíamos salir —propongo levantándome.

Lizz y Ruby me miran con cierta desconfianza.

—Éste va a ser nuestro año —les recuerdo—. Ya no somos novatas. Nos invitarán a un montón de fiestas y los chicos harán cola sólo por saludarnos.

Ambas meditan mis palabras.

—Está bien. Me apunto —replica Lizz enérgica, poniéndose también en pie—. Es el segundo semestre de segundo, chicas. Vamos a tener una vida social alucinante.

La señalo. ¡Bien dicho!

—Claro que sí —secunda la moción Ruby, abandonando el suelo y uniéndose a nosotras—. No somos ningunas marginadas.

Las tres asentimos. Por supuesto que no.

—¿Y adónde vamos? —pregunta Lizz.

Nos miramos las unas a las otras. Abro la boca dispuesta a decir algo, pero lo cierto es que no sé el qué.

—Los clubs están abiertos a esta hora, ¿no? —inquiero mirando el reloj sobre mi mesita. Son poco más de las ocho.

Otra vez nos miramos sin saber qué decir. No nos invade ninguna duda acerca de que vamos a tener una vida social increíble, pero puede que necesitemos unas cuantas indicaciones para empezar.

—Esto es Nueva York —nos recuerda Ruby de pronto—, la ciudad que nunca duerme, y no va a hacerlo un viernes. Sólo tenemos que salir, preguntar, buscar el bar de moda, puede que incluso seguir a una pandilla que vaya vestida de fiesta.

Las tres asentimos y casi en el mismo segundo las tres nos observamos con cierto resquemor. Como bien ha dicho, esto es Nueva York y, aunque es el mejor lugar del planeta Tierra, todas sabemos que salir a investigar sin tener la más remota idea de dónde te estás metiendo puede acabar con las tres en una fiesta, sí, pero en un club poco recomendable, donde haya un laboratorio de metanfetamina en la trastienda. Es más recomendable saber a dónde nos dirigimos.

—Será mejor que busque dónde ir en el foro de la residencia —propone Lizz cogiendo su portátil.

—Será mejor —respondemos al unísono, prácticamente aliviadas por no tener que seguir el primer plan.